

ESPACIO SIMBÓLICO Y SOCIEDAD EN UN RELATO DE LA COLONIA: *LA ENDIABLADA* (C 1624) DE MOGROVEJO DE LA CERDA

María José Rodilla León

[...] Refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, 'pala' y cubierta de los jugadores a quien llaman 'ciertos' los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.

Esta especie de letanía con que Cervantes se refiere a las Indias, a donde envía al celoso extremeño, Carrizales, parece resonar en los oídos de un escritor satírico, que también embarca para Perú a un diablo esperando hacerse rico en almas: Asmodeo, uno de los personajes de *La Endiablada* de Mogrovejo de la Cerda. Las nuevas tierras, explícitas en el diálogo como terreno abonado en almas para el infierno, son ya desde las primeras impresiones del chapetón al desembarcar en América, la simbolización espacial del infierno metaforizado con términos que sugieren calor, humo, fuego, es decir, el ambiente familiar para su misión: la de «tentador general de toda fragilidad humana, así castellana como criolla». En Cartagena, «sótano del infierno» o «infierno de la tierra», expresa: «Halléme bien». Es claro que no tuvo que trabajar demasiado, a juzgar por irónica observación: «y en su calor y legiones de negros, juzgué que los vecinos se condenaban en vida». ¹ Panamá es otra suerte de infierno porque es imposible beber algo frío y por ser «prima hermana de Cartagena», además de que Asmodeo llega a través de un camino tortuoso y estrecho, un despeñadero, que unos «llamaban de ángeles y otros de diablos»,

1. Cito por edición de Raquel Chang Rodríguez «Relectura y edición de *La Endiablada*» incluida en su libro *El Discurso Disidente: Ensayos de la Literatura Colonial*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991, p. 156. En adelante, pondré la página en texto.

en el cuerpo de un pretendido caballero, buscador de dotes, que responde al nombre de don Suero Pimentel.

Pero la mejor descripción del infierno indiano la hace al criticar a los fumadores:

Fuime al fogón, y como allí venían algunos tan sucios que tomaban tabaco, al encenderlo me incensaban con él y creía que eran semidiablos, y aun enteros, biéndo-les hechar humo por la boca y chupar lumbre, además de que el olor es el más correspondiente al del azufre de nuestros perfumes [...] (p. 157).

Curiosamente, el diablo en este espacio tan infernal no se siente a gusto porque lo «incensaban» como si estuviera en una iglesia y adopta, como los diablos de Quevedo,² el papel de predicador-moralizador pues reprueba la costumbre de fumar como «el vicio más civil y menos disculpable de cuantos asquerosamente condenan». No se pueden dejar de mencionar aquí algunos versos de *La sátira que hizo un galán a una dama criolla* de otro poeta satírico, Mateo Rosas de Oquendo, con imágenes semejantes: «Por vino beben piseite/ bríndase con sigarrones/ las narices son bulcanes/ y las bocas son fugones».³ Mogrovejo, como Oquendo, gusta parodiar también los títulos de sus obras. *La Endiablada* es tal vez un remedo de *La Cristiada* (1611) de Diego de Hojeda. Si el dominico toma a Cristo como protagonista de su poema épico y adopta un tono predicador, éste prefiere a los diablos y adopta un tono satírico.

En los laberintos de Lima, a la que el demonio baquiano califica con alusión erudita «un Ovidio en sus transformaciones», comienza el diálogo. Ambos demonios son situados espacial y temporalmente por el narrador: los nombres de las calles son los apropiados para la negociación de almas: calle de Trato y calle de los Mercaderes; Amonio insiste en la importancia de esta última calle para ganar almas; los diablos se ven obligados a hablar a voces paralizados por la encrucijada de las calles: «como no podían comunicarse de más cerca por no atravesar delante de la cruz, les era fuerza hablar tan recio» y el narrador es el que establece el contacto entre ambos: «me quedé hecho puente de sus palabras».

La cruz, objeto tabú para los diablos, es el escudo protector para el narrador, quien al reconocer que hablaban dos diablos se nos presenta cómicamente adargado bajo la cruz y crucificado desde la frente a la cintura con todo ti-

2. Raimundo Lida se ha referido a la prédica por boca de personajes infames o siniestros, el diablo y sus seguidores, como a un ingrediente extraño de la sátira quecediana. Véase *Prosas de Quevedo*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 184.
3. Dato proporcionado por María Christen del Cartapacio, No. 19387, Fol. 29v, de la Biblioteca Nacional de Madrid.

po de talismanes y bolsas de reliquias a falta de rosario o invocando para su socorro a «una escuadra de santos».

En la situación espacial del narrador-testigo y oyente de hechos prodigiosos parece haber un eco de *El coloquio de los perros* cervantino. Además de la notoria coincidencia de que en ambas obras se ha tratado ampliamente de un casamiento engañoso, tanto el alférez del *Coloquio* como narrador de *La Endiablada*, se admira el prodigio de oír dialogar a perros o a diablos; ambos escriben sus historias y, en aras de la verosimilitud, justifican su papel de narradores testigos y no de autores: «no soy autor sino parlero», dice Mogrovejo en su dedicatoria al oidor Solórzano Pereira; y Campuzano, antes de darle a leer el manuscrito a su amigo Peralta, explica que las maravillas que oyó y anotó «yo no las pude inventar de mío». Respecto a las dos estructuras dialógicas, Amonio pide a Asmodeo que le cuente su viaje de España a las Indias, igual que Cipión le pide a Berganza que le cuente su vida. Los diferentes amos con los que ha convivido Berganza equivalen estructuralmente a los diversos cuerpos en los que ha entrado Asmodeo, los cuales dan pie a estos narradores en primera persona, protagonistas además de sus historias narradas, a criticar, cuál pícaros, todo tipo de oficios. Berganza a un jifero del matadero de Sevilla, a un pastor que robaba las ovejas y culpaba al lobo, a un mercader, a un alguacil que amistaba con rufianes y compraba su fama de valiente, además de conocer, a la sombra de estos amos, a escribanos, brujas que se hacen pasar por santas ante la sociedad, poetas y comediantes. El chapetón Asmodeo a un caza dotes que presume linaje, a una beata hechicera y a un clérigo y Amonio le recomienda que se haga galán de monjas.

Igualmente, en ambos relatos, los personajes acaban sus conversaciones al final de la noche; los perros temen perder el don de la palabra: «no quería que al salir del sol quedásemos a la sombra del silencio», dice Cipión, y los diablos tienen miedo de ser escuchados por los madrugadores que van a sus oficios. Ambos diálogos se dejan abiertos pues se despiden con el ánimo de volverse a ver otra noche para contar sus experiencias.

Comparte también, y en esta lectura es donde desearía profundizar, elementos comunes estructurales y temáticos con otra obra de la Colonia, a pesar de distanciarse más de un siglo: *El Lazarillo de ciegos caminantes* (c. 1775). Las dos comienzan con un viaje marítimo de España a América y en ambas vienen los personajes peninsulares que establecen un diálogo con dos colegas baquianos. En *La Endiablada* intercambian opiniones satíricas, a veces mordaces, de la capital limeña y sus habitantes. En *El Lazarillo*, elogios a Lima al compararla con Cuzco y México. Igualmente, los autores de estas obras: Mogrovejo de la Cerda y Alonso Carrión de la Vandra se desdoblaron en dos personajes, respectivamente: Asmodeo y el visitador, los bisoños o chapetones, y Amonio y el amanuense Concolorcorvo, los baquianos y experimentados en

las tierras nuevas. En el diálogo, no obstante, hay un cambio notable de perspectiva, pues en *La Endiablada*, la crítica acerba está a cargo del baquiano, quien responde a todo tipo de preguntas a Asmodeo y en *El Lazarillo*, el Visitador, con un dominio retórico, colmado de prejuicios raciales y presunciones imperialistas, logra vejar a Concolorcorvo, lo incita para que le inquiera y así poder manifestar su opinión plenamente gracias a un procedimiento que remonta al «diálogo socrático», la «anácrisis» o el modo de provocar el discurso del interlocutor.

Los temas que comparte con *El Lazarillo* se refieren sobre todo a la sociedad colonial, pero Mogrovejo los trata de una manera satírica. Según Sholberg, la satírica es una forma literaria que refleja «los problemas, las preocupaciones y los conceptos morales de una época»,⁴ aunque, a veces, repite ataques consumados en la tradición. El propósito del autor satírico es condenar a través de la crítica a una sociedad por referencia a un ideal; tienen también cabida en las sátiras, las inventivas contra determinados individuos o la tópica caricaturesca de tipos y oficios como médicos, sastres o pasteleros. Por la sátira de Mogrovejo desfilan ministros, mercaderes, magistrados, corregidores, presumidos de nobleza, murmuradores y el blanco preferido de los misóginos satíricos, las mujeres en las que se deposita la honra de los hombres. En este aspecto, *La Endiablada* está emparentada con Quevedo y sobre todo, con *Los Sueños*.⁵ Si pasamos revista a los tipos de los escritores satíricos, unos de los más castigados son los médicos, instrumentos y colaboradores de la muerte. Quevedo y Mogrovejo se refieren a ellos con los mismos términos: son dictadores de «sentencias», equivalente a las recetas, porque condenan a muerte a sus pacientes.

Como las obras de Quevedo, *La Endiablada* permite también una lectura carnavalesca. La mezcla de «sagrado profano», una de las combinaciones carnavalescas por excelencia, de la que deriva la categoría de la profanación,⁶ aparece profusamente ilustrada en ambos autores: en el «Sueño del juicio final», se hace una parodia de los diez mandamientos en el tipo del avariento que le responde al diablo:

...Amar a Dios sobre todas las cosas; y dijo que él solo aguardaba a tenerlas todas para amar a Dios sobre ellas. No jurar su santo nombre en vano; dijo que él,

4. Véase la Introducción a *Sátira e invectiva en la España Medieval*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 9-13.
5. Rodríguez Moñino ya llamó la atención sobre fuente quevedesca. Citado por Raquel Chang-Rodríguez, «Relectura y edición de *La Endiablada*», op. cit., p. 152.
6. Véase Bajún, M., *Problemas de la poética de Dostoiévskí*, trad. de Tatiana Bujnova, México, FCE, 1986, pp. 174 y ss.

aun jurando falsamente, siempre había sido por muy grande interés; y que, así no había sido en vano (p. 156).

Y en *La Endiablada* los mandamientos de la caballería moderna se parodian en el tipo del falso caballero caza dotes: el cínico don Suero Pimentel, quien también guardaba todos los mandamientos:

[...] El primero porque no bebía vino; el segundo porque no escribía bien, que está en reputación de bajeza; el tercero porque tenía azares de cualquier cosa, y esto de ser azaneros está vedado a los de menor esfera; el cuarto porque mentía; el quinto porque no pagaba las deudas [...]

Ya sea a través de los cuerpos que posee el demonio chapetón o por el diálogo mismo, Mogrovejo va descubriendo los trasfondos de una sociedad colonial que vive de la falsedad y la apariencias. La sociedad española, el referente que conoce Asmodeo, no es menos diferente que la virreinal que le va descubriendo Amonio. Así, las preguntas giran en torno a los oficios, las mujeres, los vestidos, etc., y las respuestas presentan un mundo al revés propio de la tradición carnavalesca, en la que los caballeros son pícaros, los médicos matan a los enfermos, los corregidores son mercaderes. El lenguaje religioso se mezcla continuamente para referirse a cosas profanas, por ejemplo, se habla de los trajes de las damas como hábitos y de los galanes como santos o bien la última pregunta de Asmodeo: «¿Con qué granjearán en las Indias los que fueron poetas más estimación?», a lo que responde Amonio: «Con no serlo. Teniendo en su corazón gran contricción de haberlo sido y propósito ejecutado de no serlo más».

Este discurso, que, como dijimos, puede leerse a la luz del carnaval, contrasta enormemente, aun tocando los mismos temas, con el adulator y «oficialista» de Carrió de la Vandera. Así, Mogrovejo parodia en don Suero Pimentel al tipo de caza-dotes que viene a las Indias en busca de fortuna, mientras que Carrió piensa que los que vinieron de España mantuvieron «su nobleza oculta hasta que la consiguieron y pudieron mantener su lustre en un lugar tan costoso y en que está demasadamente establecido el lujo».⁷ El fin del matrimonio del «pícaro caballero» da pie al autor para satirizar sobre el tan controvertido tema de la honra, burlándose de los ociosos que cuando pasean en la plaza «linajea» y en vez de hábitos militares de Santiago, Calatrava o Alcántara que exigían la limpieza de sangre, se les descubren los de penitentes y

7. Véase *Lazarillo de Ciegos Caminantes*, pról. y notas de Emilio Carrilla, Barcelona, Labor, 1973, p. 443. En adelante, pondré la página en el texto.

disciplinantes. Un siglo más tarde, el Visitador adorna fastuosamente la ciudad de Lima con todo lo contrario:

[...] muchos títulos de marqueses y condes, y mucho mayor número de caballeros cruzados en las órdenes de Santiago y Calatrava, que a excepción de uno u otro tienen suficientes rentas para mantenerse con esplendor, a que se agregan muchos mayorazgos y caballeros que se mantienen de sus haciendas y otras negociaciones decentes para vivir y dar lustre a la ciudad (p. 443).

El tema de la honra, tal vez el más manido en este breve diálogo satírico, se emparenta con el de las libreas. El baquiano parodia la murmuración y la apariencia en el traje que los principales dan a sus subalternos, de tal manera que la salida a la calle de las libreas es un hecho histórico y se cuentan los sucesos según las veces que se haya visto la librea de fulano.

Otro tema común, bastante aludido no solo literalmente en Quevedo, Calderón, Tirso y Cervantes —justamente en *El casamiento engañoso*, novela marco previa a *El coloquio de los perros*— sino también documentado en las pragmáticas de la época, es el de las mujeres tapadas. Considerado como instrumento de seducción, en tiempos de Felipe IV promulgó penas más severas;⁸ sin embargo, la costumbre pervivió después del XVII y más aún en América. Ambos autores abundan sobre las tapadas desde dos puntos de vista diferentes: Mogrovejo ha sabido captar la deshonestidad de esta costumbre, no solo por coqueteo sino porque, bajo el manto, se confunden mujeres decentes con prostitutas, las casadas pueden citarse sin problemas con su amante. Con razón Amonio se lamenta cómicamente por la pérdida de almas desde que se pregonó el auto de prohibición y porque han salido a relucir las feas y las caras que antes eran reliquias, son ahora huesos, aunque no de santos. A Carrió la costumbre de las tapadas limeñas le parece extravagante, pero no puede dejar de hacer la apología de la mujer de Lima por comparación a las europeas, mexicanas y porteñas que lucen el escote y piensa, entonces, que el vestido limeño de velos es signo de honestidad ya que solo descubren «la mitad de la cara de su pierna» y en lugar de remontarse a la herencia árabe, opina que: «nada se sabe con certeza del origen de este traje, pero yo creo que quisieron imitar las pinturas que se hacen de los ángeles» (p. 458).

Por su estructura dialógica, *La Endiablada*, como ya ha visto la crítica, se afilia a la tradición erasmista de los *Coloquios* donde caben tanto debates de cuestiones religiosas y políticas, como observaciones críticas a las costumbres; por la sátira de ciertos tipos, con *Los Sueños* de Quevedo y la tradición del car-

8. Véase Marcelin Defourneaux, *La Vida Cotidiana en España en el Siglo de Oro*, trad. de Horacio A. Maniglia, Buenos Aires, Hachette, 1964, pp. 192-193.

naval y en lo que es eminentemente colonial, autóctona, costumbrista, es en el desfile de tipos de la sociedad virreinal que presenta en rápidos parpadeos, a través de un diálogo cómico, ágil, como juego de adivinanzas en el que casi se conocen las respuestas. Perros o diablos, todos son murmuradores y acaban por transformarse en el objeto de su crítica pues «Todo lo muerden, todo lo censuran, todo lo condenan» y la ciudad presta sus calles para ello «de suerte que en Lima todas las horas son críticas, tan peligrosas para matar la honra, como las climatéricas para matar la vida». ▼